

REVISTA DE REVISTAS

A propósito del día del Papa.—De una conferencia.

En la magnífica velada realizada el domingo, 28 de junio, en el Círculo Católico, de Montevideo, el P. Rector de los Jesuitas pronunció este notable discurso:

Señores:

Llevamos un siglo de vida independiente: 1825-1925. Durante ese tiempo han reinado ocho Romanos Pontífices: León XII, Pío VIII, Gregorio XVI, Pío IX, León XIII, Pío X, Benedicto XV y Pío XI. Todos ellos han llenado su misión providencial, como Vicarios de Jesucristo de una manera digna de tan alto puesto, único en la tierra, y algunos de ellos,—la mayor parte—han brillado en el cielo de la Iglesia como astros de primera magnitud, sosteniendo con mano firme el timón de la nave de Pedro; siguiendo siempre con acierto las indicaciones de la brújula en medio de las tinieblas del error y el embate de las tempestades; iluminando con los rayos de la fe el polvo del materialismo y positivismo de nuestros días; llevando con serenidad y con método el estandarte de la fe a todos los campos, de la incredulidad del paganismo, del indiferentismo, de la revolución en todos sus matices; sosteniendo a la Iglesia a una altura envidiable e imponiéndola al respeto y admiración de sus mismos adversarios: podrá ser signo de contradicción, como su Divino Fundador, pero no, nunca jamás, signo de derrota y menos de anihilación. Jesucristo rogó por Pedro para que no desfalleciese en su fe; y la fe de Pedro, no solo no desfallece, sino que abarca todos los tiempos, y a todos los ofusca y a todos los domina, con el potente haz de sus rayos.

En efecto, señores, este siglo ha querido distinguirse por su incredulidad e indiferentismo; las sociedades bíblicas, las sociedades secretas, y en especial la masonería han tenido la ilusión de acabar con la Iglesia de Dios. En este siglo surgió a la vida independiente un nuevo mundo: y León XII, en 1824 condenó el indiferentismo y las sociedades bíblicas; y arregló la jerarquía católica en la América Latina, problema para nosotros, fundamental y que marca una nueva era de las relaciones diplomáticas entre el Vaticano y la Madre Patria; y, precisamente en nuestros días, las sociedades bíblicas y el protestantismo norteamericano, al querernos hincar el diente, han visto que la parte más dura del jamón sudamericano, son la jerarquía católica, sólidamente establecida, y la fe de nuestro pueblo, que así como llena la calzada el día de Corpus, llenará el continente entero el día que le quieran arrancar su fe para quitarle en pos de ella su libertad e independencia, como dijo muy bien el gran Arzobispo brasileño, don Silverio Gómez Pimenta.

Pío IX definió, en 1854 a petición de todos los obispos del orbe y de todos

los que tenían derecho a votar en concilio ecuménico, el dogma de la Inmaculada Concepción: proclamando así el sobrenaturalismo por encima del racionalismo y crudo naturalismo del materialismo y positivismo, que parecían levantarse arrolladores e invencibles. Y como la obra del Pontificado es obra de Dios y no de los hombres, Dios le ha prestado su apoyo con la fe de los milagros, creando la gran fábrica de Lourdes, donde parece haber cumplido el señor, la gran obra de su omnipotente brazo, expresada en estas palabras evangélicas, pronunciadas por la Santísima Virgen: *Fecit potentiam in brachio suo*.

En 1870, cuando estaba a punto de abrirse la brecha pía, el Concilio Vaticano, presidido por Pío IX, definía el gran dogma de la Infalibilidad Pontificia: y sobre lo que parecía a la incredulidad y a la masonería, las ruinas de la Iglesia, se destacaba poco después la gran figura de León XIII que no en vano, se ha llamado *lumen in coclo*: literato, poeta, humanista de primera fila, filósofo, teólogo, gran diplomático, sus encíclicas son un monumento de la Iglesia Católica y un legado a la humanidad entera. La voz de León XIII, no fué la del que clama en el desierto; no fué la voz de Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén, como un pájaro solitario en el tejado: fué la voz de Dios que se dejó oír desde las cumbres del Vaticano y resonó en el corazón de los pueblos, sedientos de verdad y de justicia. León XIII condenó la masonería y el comunismo como peste mortífera de estos tiempos; y orientó en cambio el capital y el trabajo, dando normas sabias de caridad y justicia en su inmortal encíclica *Rerum Novarum*; León XIII condenó el americanismo, como un escollo en que empezaba a tropezar la pujanza del catolicismo norteamericano y orientó, de una vez para siempre, a los Obispos, al clero y a los fieles de la gran república del Norte; León XIII se dirigió a todos los pueblos y a los gobiernos defendiendo el origen divino de la autoridad, inculcando la obligación en conciencia, de obedecer al poder constituido, cualquiera sea su forma; y y exigiendo de los poderes públicos porque así lo quiere Dios y la justicia así lo demanda, el que se mantengan dentro de sus respectivos límites, conformes a la conciencia y a las leyes justas; y de todas partes se dejó oír esa voz; y la representación diplomática de las naciones ante el Vaticano ha ido siempre en auge; León XIII abrió los archivos del Vaticano a los investigadores de todo el mundo y de todas las creencias y de ese rasgo fecundo han salido obras maestras como la Historia de la Iglesia de Hergenroether y Pastor, y del Gran Cisma de Occidente de Salambier, que ha dilucidado ante la luz de la verdad y de la más severa crítica, el punto más oscuro de la historia del Pontificado; León XIII tuvo la gran idea y la gran corazonada, señores de consagrar el género humano al Corazón de Jesús a fin de celebrar dignamente el final del siglo XIX y comienzo del siglo XX; y los efectos de esa consagración los estamos sintiendo y palpando nosotros con el resurgir de la fe en todas partes.

A la muerte de León XIII, quedaba una brecha pía por puertas: la ruptura de relaciones con Francia, la primogénita de la Iglesia. El jacobinismo combista desterró las órdenes religiosas y delató el concordato con la Santa Sede; y Pío X, humilde hijo del pueblo se mostró digno del Pontificado, dentro y fuera de la Iglesia. Respondió al sectarismo francés, con formidable energía. Consagró por sí mismo, a vuelta de correo de la delación del concordato, 19 Obispos franceses; llamó a su tribunal a los obispos recalcitrantes y mató de

una vez para siempre el galicanismo en Francia; condenó las cultuales, como contrarias al derecho divino positivo, que da a los obispos el gobierno de la Iglesia y la administración de sus bienes; dió permiso a los misioneros de Oriente para que en orden a los mandatos, pudiera cada cual acudir a su propio cónsul y quitó de una plumada la hegemonía y el monopolio que venía ejerciendo Francia desde los tiempos de las cruzadas.

Peró aún hay más; Pío X, extendiendo su mirada desde la atalaya del Vaticano, dominó el campo de la Iglesia Universal y levantó por bandera su gran lema *Instaurare omnia in Christo*; y con la vista firme en Dios, arregló en su primer decreto las leyes del matrimonio en todo el imperio alemán; en otro decretó extendió las mismas leyes a todo el orbe, asegurando, ante todo, la validez del matrimonio; en otro decreto implantó para siempre la comunión frecuente y diaria en todas las iglesias; en otra abrió la puerta del tabernáculo a los niños, apenas despertado el uso de la razón; y en un raudal de decretos reformó las congregaciones romanas; la curia pontificia; dió estabilidad a los párrocos del mundo entero; consolidó los estudios del clero regular, completando en esto la obra de León XIII; purificó el elenco de las órdenes religiosas, regularizando la admisión y formación de los postulantes y novicios. El movimiento legislativo en el Pontificado de Pío X, marca señores el record, desde San Pedro hasta Pío XI; pero no se crea que fuese un movimiento desgredado y sin rumbo; la firmeza de línea y clarividencia son la característica de las leyes de este gran Papa Pío X, alzándose con incomparable grandeza por encima de todos sus decretos y por encima de todas las constituciones de la Iglesia, decretó la codificación del derecho canónico, visión muchas veces añorada por los concilios ecuménicos y nunca jamás realizada, por ser como decían ellos, carga de muchos camellos y nosotros diríamos, carga de muchos camiones, de muchos trenes, de muchos vapores y aun si queréis, de muchos aeroplanos, de dirigibles, de toda clase de vehículos. Pío X consultó a toda la Iglesia; organizó los trabajos y en once años de labor redactó el código de la Iglesia Católica, reduciendo a un pequeño volumen la legislación y la jurisprudencia sagrada de veinte siglos obra tan colosal que el gran Benedicto XV afirmó al ascender al Solio Pontificio que, si llegaba a promulgarla sería la obra más grande de su pontificado; pasaron todavía tres años y salió el derecho canónico después de 14 años de asidua labor en toda la jerarquía eclesiástica; esa obra más que ninguna, hará pasar a la historia los nombres de Pío X y Benedicto XV.

Pío X bajó al sepulcro en el momento trágico en que comenzaba la gran hecatombe de la guerra europea y le sucedió Benedicto XV, de la escuela de Rampolla y de León XIII, diplomático de primer orden que supo ver antes que nadie, los puntos en que coincidían todos los beligerantes y les presentó sus célebres cinco puntos, fielmente reflejados más tarde en las 14 proposiciones de Wilson, tanto, que los periódicos, llegaron a cotejar en doble los puntos de plena coincidencia, por no decir de plagio, del documento posterior respecto del primero; y es cierto, que algunos puntos del Tratado de Versalles que han pasado a cosa definida, están indicados por Benedicto XV. La caridad de Benedicto XV con los rusos hambrientos, con los desvalidos y huérfanos, que dejó la guerra en pos de sí; con todos los hombres del mundo, ha de pasar a proverbio en la historia de la Iglesia. El primer monumento que

se ha levantado en Constantinopla, ha sido el de Benedicto XV, señal manifiesta de la universalidad de las simpatías que supo conquistar con su tino y caridad, aun de los mismos infieles.

En fin, señores, no quiero alargarme demasiado. En este siglo, hemos tenido Pontífices verdaderamente grandes y de rasgos característicos, que han escrito páginas muy específicas de la historia del Papado. Pío IX, Pontífice de la Inmaculada y de la Infalibilidad Pontificia; León XIII, el gran diplomático, el Papa de los obreros; en estos mismos días, el señor Green, jefe de la Federación del Trabajo en Estados Unidos, ha exhortado a los obreros a que se dirijan a la Iglesia, y hablando en especial de León XIII, afirma de la encíclica *Rerum Novarum*, que es de tanta actualidad, como el día en que se escribió; Pío X, Pontífice de la Eucaristía y del Derecho Canónico y de la Reforma del Breviario, de la música sacra, del catecismo, la predicación, etc., de sin igual empuje para la vida interior de la Iglesia; Benedicto XV, Pontífice de la Paz; la historia dirá, señores, que la verdadera paz, cuando venga, se habrá fundado sobre los cimientos echados por ese gran Papa; Pío XI, actualmente reinante, Pontífice de la ciencia, la erudición de la investigación, el Papa de los sabios, tal como los quiere el siglo, que más hondo ha penetrado en la investigación histórica.

Somos, señores, un punto en el concierto de las naciones; pero un punto vivo y consciente de sus destinos. Dentro de la proporción que nos toca, juzgo y creo haberlo demostrado con datos estadísticos, que llenaron nuestros destinos históricos, con más rapidez que los Estados Unidos. Y en el extranjero, quizá nadie ha seguido más de cerca nuestro movimiento ascensional, que la Santa Sede. Monseñor Muzi, enviado extraordinario de Pío VII, instituyó a don Dámaso Antonio Larrañaga, jefe interino de la Iglesia Uruguaya; León XII confirmó esa designación, dando a Larrañaga el título de delegado Apostólico en sede vacante; Gregorio XVI hizo efectivo el interinato de Larrañaga y dióle además la facultad de confirmar; y le nombró Protonotario Apostólico. León XIII, en 1878, elevó a diócesis el vicariato de Montevideo, dándole por primer Obispo a don Jacinto Vera muerto en olor de santidad, después de un fecundo apostolado; el mismo León XIII, creó la provincia eclesiástica del Uruguay, siendo el gran Soler su primer metropolitano; y por fin, señores, Benedicto XV a raíz de la nueva Constitución, y haciendo uso de las libertades creadas por su artículo 5.º proveyó las tres sedes vacantes en 1919, completando con este acto la organización de la Iglesia uruguaya. Todos los Pontífices Romanos se han preocupado de nuestra Iglesia con verdadero interés y hasta con cariño y, en estos mismos días todos somos testigos, y especial y autorizado testigo, nuestro dignísimo Prelado, de cómo S. S. Pío XI, se ha preocupado de la Iglesia Católica en el Uruguay, discerniendo premios, condecoraciones y aliento a los que trabajan por nuestra causa, así personas físicas como personas morales.

Somos, señores, católicos, y como tales, tenemos la íntima convicción, de que Jesucristo asiste a su Iglesia, asiste a su cabeza visible, a su Vicario en la tierra; a él en persona y a nadie más ha dado y da gracia de estado para gobernar la Iglesia: firmes en esa fe, sea nuestro programa fundamental acatar y apoyar en todo las decisiones de la Santa Sede y de sus representantes entre nosotros, que son los prelados para cada diócesis y los curas en cada

parroquia, y aun en el fuero de la conciencia, para cada cual su confesor y padre espiritual; y por ese camino de la fe y la obediencia, iremos en línea recta por el camino de la verdad, por el camino de la santidad, por el camino del cielo, que es la suprema dicha a que podemos aspirar.

J. F. SALLABERRY, S. J.

La escuela laica, mal mortal.—De la pastoral de Monseñor Alberto Negre, Arzobispo de Tours (Francia), en la Cuaresma de 1925: *Sobre el laicismo escolar y la naturaleza de la educación*.

«...El movimiento religioso que conmueve todas nuestras diócesis, se propone la abolición de las *leyes laicas*, que los católicos con excesiva debilidad, por un mal entendido anhelo de paz, se dejaron imponer progresivamente de medio siglo a esta parte... Deber nuestro es daros a conocer la malicia que entrañan, para que con Nos los combatáis enérgicamente. No nos es hoy posible hablaros de todas; comenzaremos a examinar la más funesta después del ateísmo social: es la ley que implanta la escuela sin religión y sin Dios.»

Considera luego el prelado la ocasión que a las provincias de Alsacia y Lorena han dado, para que se produjera en Francia la reacción religiosa, a saber: que su gobierno no guarde la palabra dada a aquéllas de respetar su religión y, lo que para ello es indispensable, las escuelas confesionales. Y ¿cómo así? «Ellas ven, prosigue, (es decir, las provincias anexionadas) un gran mal, en la escuela laica: un mal más terrible que la muerte, desde el momento que están resueltas a morir antes que admitirla.

«En verdad, el perjuicio que consigo lleva nuestra ley escolar es el más formidable, el mal más terrible. El día en que ella sea aplicada en aquellas provincias, perderán sus escuelas cristianas. Los religiosos y las religiosas que dirigen las escuelas públicas, despojados de un solo golpe del derecho de enseñar, expulsados de sus clases, se verán en la necesidad, para continuar la obra de su vocación apostólica, de abandonar su patria, y de llevar lejos la educación cristiana, que las naciones extranjeras acogen como el más preciado de los beneficios...

«¿Esto es todo? No. Tocamos ahora la razón profunda, que subleva el corazón de Alsacia-Lorena contra la ley francesa de la escuela laica: saben que en la escuela nueva, descristianizada, laica, los niños serán educados sin religión y sin Dios. Empero les diréis, la escuela será simplemente *neutra* y no atacará ni la fe ni las buenas costumbres. «Neutra, os responden ellos, pero, precisamente porque es neutra, es criminal e impía; neutra, y destierra nuestra confesión religiosa; neutra y excluye la religión; neutra y arroja fuera la imagen de Jesús Crucificado; neutra, y viola los derechos de Dios; neutra, y amenaza las bases del derecho del padre y de la madre de familia; neutra, y menosprecia y desdén los derechos del niño, los derechos de la Iglesia y de la sociedad. El día en que la ley sea sancionada entre nosotros, los niños no serán educados en las escuelas públicas según el deber y la voluntad de sus familias, sino por un grupo de ministros públicamente impíos, que se declararán en abierta rebelión, enemigos de Dios.»

«He ahí la verdadera razón por que los pueblos de Alsacia y de Lorena resistirán a la ley escolar laicista, con energía indomable y tesón que nada quebrantará.

«Ahora, diréis vosotros, muy queridos hermanos, la razón verdadera, la razón suprema por la que los Alsacianos-Lorenenses no quieren la escuela sin Dios, es porque ella herirá mortalmente la educación de la infancia y de la juventud. Sí! ella será una ley mortal. Y vosotros, al instante replicaréis, mis queridos hermanos, decididos, elocuentes: Si la escuela neutra es mortífera para Alsacia-Lorena, lo será ella no menos para el resto de Francia y también para nosotros... y estaréis en lo cierto: y ésta es verdad evidente, tan clara como el sol de mediodía. Si ello es así ¿por qué no reclamar a voz en grito? ¿De dónde nace que de entre tantas publicaciones ninguna expone paladinamente la verdadera razón de la resistencia alsaciano-lorenense? ¿Por qué misterio, donde la ignorancia, o la debilidad, o el error o la iniquidad ocultan el derecho de demandar la derogación de una ley mortífera para el catolicismo, de una ley que conduce o convierte en cementerio la Francia católica?

«Deber nuestro es, queridos hijos, de poneros en guardia contra ese silencio engañador, peligroso, que esconde su malicia con refinado disimulo y que tiende a haceros creer que leyes, esencialmente malas, son aceptables, y que la neutralidad en religión, respeta nuestras divinas creencias.

«Entre tanto no perdamos la esperanza. ¿El movimiento que se nota en toda Francia, vigoroso, potente, no será una fuerza irresistible?»

Prometiéndose a continuación el celoso obispo, que la reacción de las provincias de nuevo francesas será eficaz allí y en igual sentido benéfica a las demás hermanas, dice: «También nos incumbe, queridos hijos, el deber de instruíros y haceros comprender bien a fondo, y mejor que Nos, vosotros lo sabéis, que la ley escolar del año 1882, que es causa de la escuela sin religión y sin Dios, es una ley esencialmente mala, porque la escuela neutra, en tanto que es neutra, por el solo hecho de su neutralidad, es necesariamente mala, y de su *naturaleza* conduce a los niños al ateísmo, y por eso ha sido tan enérgicamente condenada por los Papas.

«Cuestión es esta extensa en demasía, que pediría para declararla una no corta exposición; pero, su importancia en la hora actual no nos permite dejaros en su ignorancia y de aquí que Nos le dedicaremos varias pastorales, de las cuales la presente es una simple introducción. Haremos ver cómo la escuela neutra es contraria a la justicia y viola todos los derechos antes enumerados: los derechos de Dios, de la familia, de los niños, de Jesucristo, de la Iglesia y de la sociedad».